

# TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS



**Edith Johnson**

CUADERNO Nº 59

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

# MAE MURRAY

La preciosa y sugestiva estrella, ídolo de todos los públicos :: Su personalidad ante el lienzo :: Curiosas andanzas de su vida

---

EN PREPARACIÓN

Larry Semon (Tomasín)  
Helen Holmes - Mia May - E. Lincoln



Por fin apareció el

## ALMANAQUE DE TRAS LA PANTALLA

PARA 1922

con innumerables grabados y abundante texto. — Primero que se ha publicado en España de esta índole

De venta: Bruch, 3, Barcelona; Pretel de los Consejos, 3, Madrid, y en todos los kioscos de España, Portugal y Baleares

NO DEJÉIS DE COMPRARLO

**Precio: 65 cénts.**



# TRAS LA PANTALLA

## GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

EDITH JOHNSON

POR

MARIO RUÍZ DE ALCÁNTARA

**EDITH JOHNSON, ARTISTA DE SERIES :: LA INTREPIDEZ, UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS DE LA ACTRIZ :: :: :: :: ::**



xiste en los Estados Unidos, país de vigor y de energías, una raza de artistas fuertes, que sin pretender emular los gestos soberbios de las grandes figuras del teatro, buscan por otros caminos la dorada escalera que conduce a la gloria y a la fortuna.

Estos artistas no conceden demasiada importancia al Arte en sí, a lo que la palabra Arte significa para nosotros. Para ellos, la actitud hondamente dramática es una cosa secundaria, a la que prestan poca atención.

Lo esencial, en su trabajo, es la audacia y la intrepidez y la agilidad. Saltar, correr, montar a caballo, subir a un aeroplano, precipitarse por un barranco, sentir el peligro real en torno de sus personas, tales son los méritos que rodean el trabajo de estos ar-

tistas del lienzo, que viven por unas horas esta vida vertiginosa con la más asombrosa naturalidad, como si no salieran de su centro al interpretar películas.

Ningunos actores de otros países han logrado superar ni siquiera igualar a los americanos en este aspecto de su arte.

Alguna vez que otra los alemanes han querido imitarlos — Harry Piel es una demostración de lo que decimos — los italianos han tratado de igualarlos; pero su labor en ta sentido no merece ser tomada en consideración, pues en ella, a pesar de existir el peligro real, se notaba algo de forzado, de antinatural, que nos hacía comprender que aquellos artistas realizaban un esfuerzo gigantesco para hacer sentir una emoción que los americanos logran, sin salir de su naturalidad.

A esta gran familia de artistas americanos de serie, pertenece Edith Johnson, la intrépida actriz que tantas veces hemos aplaudido en el cine trabajando al lado de actores tan populares como William Duncan, Franklyn Farnum y otros que en este momento no recordamos.

Todos nuestros lectores habrán visto trabajar alguna vez a la gran artista de la emoción, y en su labor habrán sorprendido un momento realmente trágico, uno de esos instantes que nos paralizan la voz haciéndonos pensar en una tragedia inminente.

Y un poco después la habrán visto reaparecer sonriente, como si aquel peligro pasado no fuese más que una farsa sin importancia, cuando todos sabemos que ha sido la más rigurosa realidad.

Por eso nos encanta y nos emociona la labor de esta artista notable, que sabe jugar con la vida en un juego trágico, que tiene, sin embargo, para nosotros, un aspecto frívolo de bagatela.

**«EL AUTO ESCARLATA»,**  
**UNA DE LAS PRODUCCIO-**  
**NES MENOS CONOCIDAS**  
**DE LA ESTRELLA : : : : :**

Podríamos reseñar aquí, a grandes rasgos los argumentos de las principales películas de serie que ha interpretado Edith Johnson, pero pensamos que estas cintas son demasiado conocidas, para que con su relación vayamos a cansar la atención de nuestros lectores.

Preferimos presentar una de las películas menos conocidas de la estrella y que no pertenece al género de las series.

Se trata de un drama en cinco partes, titulado «El auto escar-



lata», que Edith hizo para la Universal, trabajando al lado de Franklyn Farnum y Lon Chaney.

He aquí, en síntesis, el argumento de esta cinta:

«Billy Winthrop pertenece a la juventud dorada de la pequeña población de Bolton.

Su padre es el propietario del único *rotativo* de la localidad, pomposamente titulado «El Argos» de Bolton.

El dicho popular «tal padre tal hijo» parece cumplirse en todas sus partes en el caso actual, pues si amigo de la holgazanería es Billy, no lo es menos su padre, circunstancia que motiva una merma considerable en su fortuna.

Existe en la población un viejo excéntrico llamado Paul Revere Forbes, cajero del Banco local, quien en una ocasión descubre una entrada falsa en los libros de la institución, y reconoce en la escritura la mano de Samuel Peabody, presidente del Banco.

El falso asiento fué evidentemente hecho con la intención de ocultar un desfaldo de treinta y cinco mil dólares.

Aquella noche, cuando el viejo cajero regresa al Banco para poner los libros en orden, escucha sorprendido el ruido de voces en el despacho del presidente.

El anciano no puede contener su curiosidad y acerca el oído a la puerta. De esta manera consigue reconocer las voces de Peabody y de su hijo Ernesto, quienes discuten acaloradamente con el representante de una firma de banqueros de la localidad, que con amenazadoras palabras les exige que dentro de un perentorio plazo le entreguen la suma de treinta y cinco mil dólares.

La inmaculada honradez del viejo Forbes le obliga a introducirse en el despacho para aclarar el asunto del falso asiento y exigir una explicación al usurpador de los fondos de la institución de crédito.

Indignado Peabody por la acción del fiel empleado, arranca de la mano de éste el libro de contabilidad.

En la rápida lucha que sigue por la posesión del libro, el joven Peabody, traidoramente, asesta un terrible golpe en la cabeza al anciano, que le hace peder el conocimiento.

Aterrorizados padre e hijo por creer muerto a Forbes, sobornan al único testigo de aquella brutal escena, y cargando el cuerpo inanimado del desventurado anciano en un auto que esperaba a la puerta del Banco, se alejan de la población y al llegar al campo lo arrojan desde lo alto de un peñasco.

Una vez realizada su cobarde hazaña, los canallas regresan al Banco, pero su sorpresa no tiene límites al observar que la comprometedora hoja del Diario ha sido arrancada por una mano desconocida.

A la mañana siguiente, unos caminantes descubren un automóvil escarlata abandonado en la orilla del camino. A un lado del ca-



rruaje encuentran el ensangrentado cuerpo del representante de los banqueros locales, único testigo de la tragedia. Sin embargo, en sus bolsillos no hay ningún papel que permita identificar el cadáver.

Cuando la noticia del horrible accidente llega al pueblo, la gente se hace mil comentarios acerca de la coincidencia de la catástrofe con la misteriosa desaparición del viejo cajero Forbes.

Peabody, hipócritamente, demuestra gran simpatía a la acongojada hija de Forbes, y hasta llega a ofrecerle su hogar durante la inexplicable ausencia de su padre.

Samuel Winthrop, el editor de «Argos», se ve sumamente apurado por los acreedores, que le apremian para el pago de una letra por la suma de quinientos dólares. El encargado de efectuar el cobro es el viejo Peabody.

Gracias a la actividad desplegada por Billy a última hora, quien se dedicó con gran empeño a cobrar cuentas viejas que su padre hacía años que consideraba incobrables, la letra pudo hacerse efectiva a su vencimiento y Winthrop se salvó de la ruína y el deshonor.

Desde aquel día, Billy bregó al lado de su padre en la ardua lucha de la existencia, y si con su periódico «Argos» no encontró el vellocino de oro, en cambio logró sanear la fortuna de su padre y vivir de una manera deshogada con el producto de su trabajo honrado.

El auto escarlata es conducido a la población y vendido en pública subasta. Su *chauffeur* es un vagabundo e impresor trashumante que acierta a encontrarse en la población.

Ernesto Peabody quiere casarse con Beatriz, la hija de Forbes, y aunque ésta no demuestra interés ninguno por el joven, el viejo Peabody insiste de una manera indirecta en que Beatriz acepte su mano.

Sabiendo que Billy el impresor, está también enamorado de Beatriz, Peabody le manda imprimir unas tarjetas de invitación, precisamente por molestarle.

El disgusto de Billy se convierte en ira al enterarse de las infames maquinaciones de Peabody; pero hace esfuerzos por ocultar su disgusto, esperando tener una oportunidad de vengarse de aquel malvado.

La ocasión que buscaba no tarda en presentársele al joven, al notar que el sombrero de su *chauffeur* es el que estaba acostumbrado a ver en la cabeza del desaparecido Forbes.

La admiración del joven crece por momentos cuando el *chauffeur* vagabundo le indica que no sólo fué el sombrero lo que halló en lugar del accidente automovilístico, sino también una cartera, que entrega al joven para que la examine.

Billy descubre que la cartera perteneció al agente de los banqueros locales que pereció en la tragedia, y en ella encuentra una





Edith Johnson

Caricatura de Fumn



nota en la que claramente especifica que el viejo Peabody se encuentra desfalcado por la cantidad de treinta y cinco mil dólares.

En vista de ello, Billy está más resuelto que nunca a impedir que se efectúe la boda de Beatriz con Ernesto.

Por fin llega la noche de la gran fiesta ofrecida por el viejo Peabody a sus amistades, para anunciar el futuro enlace de su hijo con Beatriz.

Aquella misma noche, Billy hace los preparativos para tener a mano un cura en el hotelucho de la localidad, y una vez conseguido su objeto se dirige a casa de los Peabody en el el automóvil escarlata.

Llueve a mares.

Valiéndose de una feliz estratagema, Billy logra hablar con Beatriz, quien consiente en fugarse con él, pero antes de que la joven tuviera tiempo de ir a buscar el abrigo para resguardarse de la lluvia, Ernesto echa de menos su presencia, y sospechando que su rival Billy algo tendría que ver con la repentina desaparición de Beatriz, suelta un enorme perrazo para que impida que el impresor vuelva al automóvil, y dirigiéndose apresuradamente al carruaje se sienta en él, esprando que llegue la joven. En medio de la obscuridad que reina, ésta se figura que el que la aguarda es Billy.

Después de una carrera vertiginosa, Ernesto llega al cuarto del hotel donde el cura está aguardando la venida de Billy con la que iba a ser su esposa, y obliga a aquél a celebrar la ceremonia del casamiento.

Por fortuna Billy llega con toda oportunidad e impide semejante infamia.

Horrorizada, Beatriz huye del hotel, y en medio de la tempestad corre a refugiarse en una solitaria cabaña situada en una colina cercana a la población, seguida de Billy.

En ella encuentra al viejo Forbes, perdida la razón, y ocultando desconfiadamente en un rincón de su misero albergue la comprometida hoja que arrancó del Diario.

La presencia de su hija devuelve al pobre loco la razón, y de esta manera logra establecerse la culpabilidad de Peabody.

Transcurrido algún tiempo se celebran las bodas de Billy con Beatriz, con el contento y la alegría que es de suponer».





**UNA ENTREVISTA CON**  
**EDITH JOHNSON QUE NOS**  
**PINTA EL VIVIR SENCILLO DE LA ARTISTA : : :**

Para bocetar la fisonomía espiritual de un artista, nada mejor, a nuestro juicio, que someterse a los términos de una entrevista, cuando ésta está bien hecha.

En una entrevista, un artista empieza por mostrarse reservado, por ponerse en guardia contra posibles indiscreciones, pero el entrevistador acaba por ganar su confianza, y entonces vemos, como a través de un cristal purísimo, el alma del artista.

Por eso nosotros, para trazar los rasgos más salientes de Edith Johnson, recurrimos a una entrevista celebrada con la renombrada actriz por un celebrado cronista cinematográfico de Los Angeles.

Publicamos, pues, los párrafos más salientes de la amena entrevista.

«Me presenté yo solo. Con las actrices de series hay que ser ejecutivo.

— Yo no sé, Miss Edith — dije a la celebrada actriz de las series Vitagraph, cuando hubo aceptado gentilmente mis pretensiones reporteriles — ; yo no sé por qué la primera vez que contemplé su fisonomía en una obra fotoescénica tuve la impresión de haber conocido a usted antes de esa fecha en alguna parte... ¿Qué explicación podría tener este fenómeno?

— Muy sencilla. Lo sé por experiencia. A mí me ocurrió lo mismo.

— ¡Oh, muy bien!... ¿Le pareció haberse conocido antes?... ¿Nos habremos conocido sin saberlo?

— No lo creo.

— ¿Entonces?

— Entonces... Digo que me ocurrió lo mismo que a usted; cuando me ví en la pantalla, me dije: «A esta la he visto antes...»

— ¡Claro! En el espejo.

— Sí; pero en imagen fotoartística también.

— Naturalmente... Se retrató...

— Me retrataron. Antes de pensar yo que llegaría a ser actriz cinematográfica, fui «la muchacha de la Kodak».

— ¿Cómo?



— Como lo oye; la Kodak tomó mi fisonomía para propaganda de sus famosas máquinas.

— Divertido...

— ¡Y tanto!... Yo era una chica bonita. Me tomaron para modelo. Debía posar ante la Kodak con diversas expresiones; y tengo la satisfacción de saber que mi imagen determinó la venta de millones de aparatos.

— ¡Qué fortuna para usted!

— Relativamente sí, porque aprendí a posar y descubrí mis dotes fotogénicas.

— ¡Caramba! La historia artística de usted no se parece a la de ninguna otra. ¿Es usted yankinlandesa, Edith?

— ¡Sin duda! Nací en Rochester, Estado de Nueva York, en 1895. Ya ve usted que no soy de las que disimulan la edad...

— Veintiséis años... ¡La flor de la vida!

— ¿Le parece?

— ¿Quién pudiese volver a tenerlos! ¿Se educó usted en su ciudad natal?

— Me eduqué en el Vassar College. Estudiaba los clásicos; y la declamación despertó en mí el anhelo de ser artista escénica.

— ¿Entró usted en alguna compañía dramática?

— No; entré de lleno en el cinematógrafo, cuyo nacimiento había sido contemporáneo del mío.

— ¿Le costó mucho trabajo amoldarse al registro de las ciento noventa y dos emociones básicas?

— De ningún modo. Tenía predisposición natural. Hice todo espontáneamente, sin asustarme ni de la voz áspera del director ni del bramido de la máquina.

— ¿En cuál de las compañías filmadoras se inició usted?

— En la Lubin, que por entonces estaba en auge.

— ¿Y después?

— Después me contrató la Universal. En seguida pasé a la Selig, y ahora estoy con la Vitagraph.

— Pero no es a ésta que debe usted su celebridad...

— En buena cuenta, me hice predilecta de los aficionados al arte mudo cuando estuve en la Lubin.

— ¿Qué estatura tiene usted?

— Cinco pies y cuatro pulgadas.

— ¿Y su peso?

— Ciento treinta y cinco libras.

— Son buenos factores; que añadidos a su cabello brillante y a sus lindos ojos oscuros, así como a la índole simpática de su fisonomía, contribuyen a hacer interesantes las interpretaciones.

— Gracias.

— ¿Y le agrada trabajar en series?

— Muchísimo. Es, quizás, el mayor de mis deleites!

— Pero... ¿Y las impresiones?





Retrato de Edith Johnson



Edith Johnson, en «La lucha por los millones»





Edith Johnson en traje de amazona





Edith Johnson, en « El hombre de hierro »



Edith Johnson, en « La lucha por los millones »



- Cuanto más fuertes, mejor.
- Es raro... Tiene usted un carácter varonil.
- No sé. Es indulable que la acción lenta no conviene a mi índole. No sería tan buena actriz si tuviese que seguir un género menos pasional y arriesgado.
- ¿Y se apareja bien con Duncan?
- Sí. Es el temperamento de actor a que mejor me avengo.
- Lo comprendo; es en realidad un héroe de novela.
- Esa reticencia sobra.
- No veo por qué. ¿No piensa usted como yo?
- No hay novela ninguna entre nosotros.
- Bueno; pero ustedes dos pasan sus vidas juntamente intercaladas en una serie de novelas cinedramáticas.
- Por series...
- Eso es... ¡Con qué!... ¿Le gusan los episodios amorosos?
- En cuanto «episodios», mucho. Dan motivo al género de emociones que más plenamente disfruta el público.
- ¿Le agrada a usted el atletismo?
- Soy bastante experta.
- Con razón se mantiene usted tan lozana.
- Mi salud es inalterable.
- ¿Le gusta nadar?
- ¡Lo detesto.
- ¿Y si se cae al río o al mar durante la interpretación de algún episodio?
- Nado perfectamente.
- ¡Otra rareza!
- No lo crea. Más rareza es verme saltar de un segundo piso incendiado, pasando a través de una ventana; o luchar contra una formidable banda de foragidos; o batirme a tiros de revólver; y todo esto lo hago sin que se me alteren los nervios en los más mínimo.

Ante tanta «rareza», traté de despedirme.»





**EL VIVIR DE LA ESTRE-  
LLA :: EDITH JOHNSON ES  
UNA TRABAJADORA IN-  
FATIGABLE :: :: :: :: :: :: ::**

Edith Johnson, alejada del ambiente de los estudios, es una linda mujercita llena de modestia y de laboriosidad, en la que nadie sospecharía la existencia de una «estrella» de la pantalla.

Para ella, su primer amor es para el hogar.

Vive en las cercanías de Los Angeles, en una preciosa finca de recreo, que ella, sin propósitos de lucro, y buscando sólo su entretenimiento, ha transformado en una granja avícola deliciosa.

Hay allí aves de todas clases, desde las vulgares gallinas a los faisanes tornasolados. Hay conejos gigantes y diminutos conejos de la India, que parecen ratas. Hay una variedad infinita de palomas. Y hay unos preciosos perros-lobos, que guardan la finca con un celo ejemplar.

Edith es allí la reina. Una cohorte de servidores rurales atienden sus indicaciones y cuidan con cariño, aleccionados por el ejemplo de la dueña, de los animales que arman en la quinta una algarabía infernal.

Cuando sus labores le reclaman en el estudio, Edith, con un poco de pena, se traslada a las habitaciones de un lujoso hotel de Hollywood, y allí permanece mucho tiempo, alejada de todo aquello tan amable que constituye su vida.

En estas largas semanas, Edith Johnson vive una vida febril, atareada constantemente con el estudio de un papel difícil, con el trabajo ante la cámara, con la preparación de trajes, con las excursiones obligadas en las escenas de exteriores.

Entonces llega hasta a olvidarse de su otra vida retirada y silenciosa, y es la artista triunfadora, a la que reclaman sus compañeros en las horas de descanso para pasar unos momentos de diversión; la que triunfa por su belleza en los *restaurants de nuit*, de Los Angeles, en esas comidas de artistas, tan amenas y tan bulliciosas, que se dan diariamente en la ciudad cinematográfica.

Pero un día la película se concluye y pasa a los laboratorios.

Los artistas, entonces, en espera de una nueva orden para comenzar otra serie — que siempre se retarda uno o dos meses — quedan libres de hacer lo que les parezca.

Y unos se van a Los Angeles, a proseguir su interrumpida vida

de diversión, y otros se vuelven a sus fincas, satisfechos del descanso que el director les otorga y que tanto conviene a sus pobres miembros destrozados por un trabajo violento y continuo.

Entre estos últimos se encuentra Edith Johnson.

Para la famosa actriz de series, estos intervalos de descanso son su ilusión, esa ilusión con que todos soñamos en los momentos de fiebre y de cansancio.

Pero Edith no va a su granja a descansar. Va a emprender una vida de trabajo rural, va a cuidar de sus animales y de su finca, va a vivir la vida feliz y sencilla de los campos.

Todas las mañanas, cuando el sol hace su aparición sobre la tierra, a esa hora encantadora en que terminan las cenas de artistas en la ciudad, Edith Johnson se levanta de la cama y va al jardín.

Ya su madre está allí, regando las plantas o realizando en ellas alguna delicada operación, como la poda de hojas o la plantación de semillas.

Poco después Edith monta en su pequeño auto — una especie de camión en miniatura — que tiene solamente para esta hora matinal, y vuelve poco después llevando consigo un cajón de botellas de leche.

Toman el desayuno las dos mujeres, y después empiezan las faenas de la granja, que duran toda la mañana.

Por excepción, algunas veces Edith, cuando se siente poco ágil, juega por las mañanas al polo o al tennis con algunos vecinos de las granjas próximas.

Por la tarde la actriz recorre con su magnífico automóvil los alrededores de la quinta, permitiéndose de vez en cuando el lujo de llegar hasta Los Angeles, donde visita a algunas de sus amistades del estudio.

Y al obscurcer, vuelta a la granja, para acostarse a las once de la noche indefectiblemente.

Así de sencilla, de modesta y de ordenada es la vida de esta mujer intrépida, que nos asombra con sus hazañas en el cine.





**EDITH JOHNSON Y WIL-**  
**LIAM DUNCAN SON PRO-**  
**METIDOS :: NUESTRO CO-**  
**RRESPONSAL EN LOS**  
**ANGELES LO AFIRMA :: :**

En la interviú celebrada con la artista per un corresponsal en Los Angeles, de la revista «Cine Universal», de Buenos Aires, el periodista aludido deslizaba la posibilidad de unos amores entre la protagonista de tantas series peligrosas y el primer actor William Duncan, que tampoco se queda atrás en eso de emocionar a la gente con hazañas arrojadas y aventuras heroicas.

Nuestro activísimo corresponsal en la gran ciudad cinematográfica americana, don José M.<sup>a</sup> Sánchez García, que, como saben nuestros lectores, es secretario particular y amigo íntimo de Antonio Moreno, viene a confirmarnos la existencia de tales amores, por medio de una crónica galana, en la que el escritor interviuva a la actriz.

No podemos resistirnos a publicar dichas líneas, que más que ningunas otras nos merecen entero crédito.

Helas, pues, aquí:

«Edith Johnson trabaja en Vitagraph, y todas las mañanas, cuando concurro a mi oficina, me tropiezo o procuro tropezarme con su amable sonrisa.

Yo se que la señorita Johnson es la prometida de William Duncan, lo que no quiero decir que por eso no pueda uno mirarla ni tropezarse con ella.

Pero lo más curioso es que mis «tropiezos» son desprovistos de sensiblerías de colegial velazqueño al comenzar el curso.

Yo quiero mucho a la señorita Johnson.

La quiero sanamente, desinteresadamente.

Yo confieso que es milagro en mí que una mujer tan guapa me produzca tal efecto.

Pero es que la señorita Johnson, además de ser muy bonita es extraordinariamente simpática.

El otro día, al abandonarla tras una conversación sobre telas y libros, pensé que yo haría muy bien en hablar de ella a mis lectores.

Es muy interesante.

Esta idea tomó fuerza en mí, cuando ayer, al llegar al estudio, me la encontré ataviada muy españolamente.





Edith Johnson

Dibujo de Moner



Sus muchas bellezas, que hacen de ella un encanto, destacaban más con aquel traje opulento y con aquella negra mantilla.

Entusiasmado, le dirigi piropos en inglés y en español, y luego, sintiéndome Ripal, interrogué y anoté las siguientes preguntas y respuestas:

- ¿Dónde nació usted?
  - En Rochester, Nueva York.
  - ¿Cómo logró entrar en el cine?
  - Por recomendación especial de la casa Eastman-Kodak, donde trabajaba yo como modelo. Esta casa es la manufacturera de las famosas Kodaks.
  - ¿Cuál es su actor favorito?
  - William Duncan.
  - (Buen provecho).
  - ¿Le agrada interpretar roles latinos?
  - Muchísimo. El alma latina me emociona grandemente con sus complicaciones.
  - ¿Con qué estrellas ha trabajado?
  - Con William Duncan, Harry, Carey, Tyrone, Power, Warren Kerrigan y otros.
  - ¿Cuál es el nombre de las principales películas en que ha tomado parte?
  - «Dulce asilo», «El jefe diablo», «La huella de la pelea» y «La lucha por los millones».
  - ¿Cuál de todas sus producciones es la que más le agrada a usted?
  - «Quebrando barreras».
  - ¿Por qué le gusta?
  - Ante todo, esa película fué hecha en el campo, y el campo es para mí lo más bonito de este mundo. Luego, el argumento de la película es muy emocionante.
  - ¿Le agradan las artes?
  - Sí, con especialidad la música y la pintura.
  - ¿Si no fuera artista de cine ¿qué le gustaría ser?
  - ¡Reina de mi casa!
  - ¿Piensa casarse?
  - Es muy posible...
  - No quise molestarla más.
- Con lo anotado bien puede el lector darse idea de que la intrépida señorita Johnson es una mujer muy MUJER.



**UN POCO MAS SOBRE LOS  
AMORES DE WILLIAM  
DUNCAN Y EDITH JOHN-  
SON : : : : : : : : :**

Hace algún tiempo que William Duncan se separó de su esposa, y nosotros, amigos de hacer conjeturas alrededor del vivir farandulero de los artistas, nos imaginamos que a este divorcio no debió de ser extraña Edith Johnson.

En efecto, Duncan parecía enamorado de su esposa. Nuestro compañero Martín Rojas, al escribir la biografía del gran actor, con galanas palabras pone fin al cuaderno en las siguientes líneas, que reproducimos gustosos, pues ellas nos dicen el grado de ilusión que llevaba Duncan al casarse con su ex esposa:

«Después de recorrer innumerables poblaciones de los Estados Unidos, en compañía de Sandow, William Duncan sintió un día la nostalgia de la granja y de aquellos ojos claros de mujer que lo llamaban constantemente, a través de sus viajes y sus inquietudes.

Y a la granja se fué, en busca de paz para su espíritu y de amor para su corazón.

Y de todo encontró en aquel rincón soleado y amable, que le hablaba de su antigua vida, sin ambiciones, sin sobresaltos.

Los brazos de Elena, tendidos hacia él, en un ademán de cariño inmenso, parecían retenerle allí, lejos de sus triunfos, ofreciéndole en cambio una vida de felicidad eterna.

¿Para qué luchar más?

¿Para qué correr otra vez el mundo en pos del oro y de la gloria?

Y, satisfecha su ambición, aquella muchachita buena y tímida no deseaba ahora más que conservar a su lado al hombre amado, que por ella había escalado las cumbres de la celebridad.

Duncan no se hizo de rogar mucho y se casó.

Y ahora, en el viaje de novios, volvió a recorrer en un lujoso departamento del ferrocarril, aquellos lugares pintorescos que fueron testigos de sus primeras andanzas.

En San Francisco de California se estableció la feliz pareja, saboreando aquellos primeros meses de luna de miel en que todo sonreía a su alrededor.

Duncan prometió formalmente a su esposa no volver a cultivar el boxeo como medio de vida. Y lo cumplió.



Encarriló sus energías por senderos distintos a los que hasta entonces había seguido, y fué empresario de teatros, formó compañías que hacían cortas «tournée» y empezó a relacionarse con artistas cinematográficos...

Así vivió William Duncan varios años.

Y ahora, de pronto, vemos que se divorcia de su esposa y que está en relaciones amorosas con Edith Johnson.

Y nos asombramos, una vez más, de esta facilidad con que en Yankinlandia se hacen y se deshacen los matrimonios.

Conviene reconocer, sin embargo, en honor a la verdad, que el divorcio de Duncan y su esposa se ha llevado a cabo sin que sonasen los bombos y platillos de la prensa, que tanto se agitan cuando se trata de algún otro divorcio de artistas renombrados.

Seguramente William tuvo el pudor, que nosotros le aprobamos, de ocultar estas cuestiones de hogar, sin hacerlas servir para reclamo de sus películas.

Tal vez no tarde mucho tiempo en contraer matrimonio la bella Edith con el simpático actor de series que con ella comparte los peligros de la jornada cinematográfica.

Y entonces será ocasión para que la prensa americana lance al vuelo las campanas de los días de asunto sensacional.

MARIO RUÍZ DE ALCÁNTARA



# TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

## ABONOS

Abono anual.	España y Portugal:	18 ptas.	- Extranjero:	25 ptas.
• semestral	•	9	•	12'50
• trimestral	•	4'50	•	6'25

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

## NUESTRO BUZÓN

Ninfa. — Barcelona. — Le recomendamos la lectura de la sección correspondiente a los cuadernos publicados de «TRAS LA PANTALLA».

El Pelegrin. — Binéfar. — Sentimos no poder complacerle en lo que le interesa averiguar.

Enamorada de Junqim. — Madrid. — Es indispensable mande sus señas para escribirle particularmente. De momento puedo anticiparle que tal vez pueda lograrse algo sobre el particular.

Wallacobini. — Tarrasa. — Wallace Reid: Lasky Studio, California. Maria Jacobini: Fert-Film, Roma. Perla Blanca: Fox Studios, 56 th. Avenue, New-York. Tom Moore: Goldwyn Studios, Culver City, California. Douglas y Mary Pickford: Beverly-Hills, California. A los americanos en inglés; a la italiana por lo menos en francés. Si sabe pedirla bien como así creo, supongo se la enviarán. En su día la publicaremos. No tardaremos mucho con la serie C. de postales.

F. Maguregui. — Logroño. — Pronto daremos las biografías que menciona en la suya.

Anita Pordá. — Alcoy. — Maria Jacobini, A. Collo y A. Novelli: Fert-Film, Roma. Francesca Bertini: U. C. I., Via Macerata, 51, Roma. No entienden el español.

Uno que le importa. — Mollerusa. — Mejor se lo indicarán en la empresa del «Teatre Català». De Joe Ryan hay para rato. La información nos debe venir de América directamente, por conducto de nuestros carresponsales, junto con otras que en este momento no recordamos.

M. Martínez. — Ciudad. — Para poder atenderle es preciso se entere de la marca de la cinta y nos servirá de orientación.

El de sempre. — Prat del Llobregat. — Presumo que se tratará del «Noi». Pero hombre, ¿por qué tendrá usted tanta afición a cambiar de seudónimo? Ya ve que no le digo *hijo mío* por que tengo entendido le pica la mosca, y a mí tampoco me da mucha gracia. No creo le haya sucedido lo de Athos y Artagnan de Madrid, que pobrecitos ahora se seudominean Coliflor, debido a no haber registrado su post-auto-bautismo. En fin lo que usted solicita lo considero de justicia y a su tiempo le atenderemos.





# TRAS LA PANTALLA

## Galería de Artistas Cinematográficos

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES, PORTUGAL, ÁFRICA  
(POSESIONES ESPAÑOLAS) Y EN EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA

### Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en  
casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 cénts.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición.  
— N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición. —  
N.º 5 Charles Ray. — N.º 6 William Duncan, 2.ª edición. — N.º 7 Pearl White,  
2.ª edición. — N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max  
Linder. — N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 Maria Wal-  
camp. — N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia. —  
N.º 17 Roscoe Arbuckle (Fatty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S.  
Hart. — N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy  
Dalton. — N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore.  
— N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick.  
— N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadrada de este primer volumen: 12'50 ptas.

- N.º 32 Antonio Moreno
- 33 Huguette Duflos
- 34 Leon Mathot
- 35 Henny Porten
- 36 Tom Mix
- 37 Carol Holloway
- 38 Tullio Carminati
- 39 Geraldine Farrar
- 40 Frank Mayo
- 41 Maria Jacobini
- 42 Harry Carey
- 43 Ruth Roland
- 44 Monroe Salisbury
- 45 Grace Cunard

- 46 Jack Pickford
- 47 Alla Nazimova
- 48 Ossi Oswalda
- 49 «Maciste»
- 50 Priscilla Dean
- 51 Jack Dempsey
- 52 Mary Miles Minter
- 53 Georges Carpentier
- 54 Alice Brady
- 55 F. Ford (Conde Hugo)
- 56 Klara Kimball Young
- 57 Constance Talmadge
- 58 Will Rogers